

Fundamentos

de la fe



Benedicto XVI

Los Apóstoles

Hombres de la misión

*Selección de textos y prólogo de
Giuliano Vignini*



SAN PABLO

Prólogo

Estas catequesis de Benedicto XVI sobre los apóstoles y los primeros discípulos de Jesús, menos conocidas pero no menos ilustrativas, reconducen a los orígenes de la Iglesia y, antes aún, a la llamada de los doce apóstoles, testigos de su vida, memoria viviente de su mensaje, misioneros de su «evangelio» por los caminos del mundo como anuncio de salvación y novedad de vida.

La elección de los Doce hace clara referencia a las doce tribus de Israel que se formaron de los doce hijos de Jacob, uno de los patriarcas que, con Abrahán e Isaac, figura en el Nuevo Testamento entre los antepasados de Jesús. Jesús se presenta precisamente como el nuevo Jacob, fundador del pueblo de la nueva alianza, de la que los Doce son el comienzo en la vida y en el ministerio apostólico. Si en el Antiguo Testamento la alianza asume una importancia esencial porque documenta el fundamento mismo de la fe de Israel a través de la



historia del «pacto» de amor y fidelidad establecido por Dios con su pueblo, en el Nuevo Testamento se realiza el nuevo «pacto», que hace perfecta y definitiva la alianza antigua a través de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

Así pues, de los Doce nace la primera célula de la «Iglesia de Dios» en sentido universal, signo e instrumento en la historia del reencuentro escatológico iniciado con Jesús. El mandato conferido a los apóstoles en la última Cena –sellado por los gestos y las palabras pronunciadas por Jesús al partir el pan y compartir el cáliz y el vino– se puede considerar como la verdadera fundación de la Iglesia. En efecto, Jesús al entregarse a sí mismo en ella, instituye una nueva comunidad, unida en la «profunda, inseparable y misteriosa continuidad» de la comunión con él, que se perpetuará en el tiempo.

La aventura de los apóstoles –ligada íntimamente al destino de Jesús, piedra angular de la Iglesia naciente– se inicia con la llamada, prosigue en el encuentro personal y continúa en el seguimiento del Maestro. A través de sus palabras, gestos y milagros, ellos aprenden a conocerlo y, aunque muchas veces no logren entender adónde van, «están» con él, experimentando la amistad y la intimidad con su persona, antes aún que con la novedad radical de su enseñanza. Precisamente en cuanto afianzados y



regenerados por esta experiencia, pueden anunciar a Cristo y dar testimonio de él ante todas las gentes, tratando de reunir en su nombre a todas las ovejas perdidas del rebaño para acogerlas en la unidad del amor y de la comunión con Cristo. La Iglesia prolonga en el transcurso de los siglos esta misión encomendada a los apóstoles y dirigida por el Espíritu Santo, que lleva a efecto, en la participación en la vida trinitaria y en la fraternidad entre los creyentes, el don del amor de Dios y la gracia ofrecida por Jesús. Por tanto, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo la Iglesia se construye a sí misma y establece vínculos de escucha y caridad entre los hermanos en la fe, que se hacen tales ante todo en la Eucaristía, vínculo de amor y unidad.

Un tema importante que Benedicto XVI recuerda siempre con fuerza es el de la Tradición: el don de la revelación de salvación recibida por los apóstoles directamente de Jesús y transmitida por ellos a las generaciones sucesivas como intangible patrimonio de fe en el cual la persona, la vida y la palabra de Jesús se hacen permanentemente presentes. Los obispos, sucesores de los apóstoles que forman la larga e ininterrumpida continuidad histórica con la Iglesia de los orígenes, garantizan en el tiempo la fidelidad a la enseñanza del Señor y al testimonio de los apóstoles.

Benedicto XVI se detiene con cada uno de los apóstoles de modo extenso y escrupuloso, prestando siempre atención a lo que cada uno de ellos nos transmite hoy a nosotros como ejemplo y exhortación. No olvida nada a la hora de diseñar exhaustivamente la figura de cada apóstol, así como su colocación en el culto y en la espiritualidad de las tradiciones antiguas de Oriente y Occidente. Así emergen de las catequesis no solo una galería de retratos, sino los contextos históricos y eclesiásticos en los cuales se inserta la actividad apostólica de los diversos protagonistas. No falta, en la conclusión del viaje entre los testigos del cristianismo naciente, un cuadro de conjunto sobre el papel de las figuras femeninas que en el Nuevo Testamento desempeñan un servicio activo en la difusión del evangelio y en diversas funciones, en la comunidad y en la liturgia, compatiblemente con las necesidades y situaciones específicas de cada una de las Iglesias locales. Cabe subrayar –como escribe el mismo Benedicto XVI– que «la historia del cristianismo habría tenido un desarrollo muy diferente si no se hubiera contado con la generosa aportación de muchas mujeres».

Como es natural, se da un énfasis particular, en varias catequesis –de las que aquí se propone la de carácter introductorio general–, a Pedro y Pablo.



En la lista de los Doce, Pedro es el primero a quien se tiene en cuenta, al ser entre todos los personajes del Nuevo Testamento la figura más destacada. Es el discípulo a quien se nombra y cita siempre en primer lugar entre los apóstoles; el primero que recibe una nueva visión y comprensión del misterio de Dios, es testigo de la Pascua de Cristo y se hace portavoz de la revelación del Padre. A él se le asigna la misión de cuidar el «pequeño rebaño» de los discípulos, confirmándoles en la fe, pero también la tarea de conducir a las ovejas de otros rebaños a un solo rebaño, conducido por un solo pastor. Constituido «roca» en la estabilidad de la verdad y en el vínculo de la unidad, no solo han de mantenerse sobre él «las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10,6; 15,24), sino «todos los pueblos» (Mt 28,19).

Pedro es, por tanto, una referencia imprescindible como ejemplo de la autoridad apostólica en la que se refleja la actividad de todos los que sirven al evangelio. Pero Pedro es también el discípulo que, por su ambivalencia y debilidad, sus limitaciones y contradicciones –como se infiere claramente del evangelio de Marcos, que esboza la figura de Pedro con más exhaustividad y realismo–, simboliza asimismo nuestra historia, con las incomprensiones, traiciones e infidelidades a que estamos sujetos y



con la necesidad continua de perdón y conversión, necesaria para dar el paso más difícil: ser cada día discípulos de Jesús. Porque, como demuestra el ejemplo de Pedro, no basta con haber sido llamados, haber recorrido sus mismos caminos, asistido a sus milagros y escuchado sus palabras de verdad y de amor. Pedro, que había tenido el privilegio de revelar la identidad de Jesús, llega incluso a afirmar que no le conoce. Hay, si queremos, algo misterioso no solo en este «avergonzarse» de Jesús, sino en su negación por vileza y por miedo. Pero en este misterio se encuentra también la luz que ilumina la oscuridad, pues la negación de Pedro no es el final de la historia, porque el remordimiento, el arrepentimiento y su llanto purificador marcan un nuevo comienzo: una apertura, una fidelidad y una fuerza nueva en Cristo. Esto le permitirá ser el testigo y mártir de la fe que conocemos, y servir de ejemplo a todos los que le sigan en el ministerio de guardián y garante de la comunión de la Iglesia.

Otra figura que destaca netamente en el Nuevo Testamento y que «brilla como estrella de primera magnitud en la historia de la Iglesia», sea por su originalidad y fecundidad teológica, sea por la amplitud y el valor emblemático de su testimonio apostólico, es Pablo. De él se recuerdan sus orígenes judíos, su pertenencia al grupo de los fariseos y su deno-



dada defensa de la ley mosaica; su empeñamiento en perseguir a la Iglesia y, por fin, su «conversión» en el camino de Damasco. Ganado por Cristo e iluminado por su gracia, llamado él asimismo a ser un verdadero apóstol, Pablo se vuelve otro hombre y se revela como un personaje único (predicador, fundador de comunidades, escritor, místico, mártir) que se hace todo para todos, poniéndose completamente al servicio de Jesús y de su evangelio, en un apostolado agotador de alcance universal.

El *corpus* de las cartas paulinas –una de las bases del pensamiento y de la espiritualidad cristiana– y los Hechos de los apóstoles ponen de manifiesto su personalidad fuerte, tenaz, incansable, de gran sensibilidad y carga emotiva, en caso necesario también muy reactiva y polémica. Se advierte sobre todo en él una identificación absoluta con su propia llamada y misión evangelizadora; transparente en los objetivos, decidido en las ideas, espontáneo en los sentimientos, vibrante en los afectos y en las relaciones con los cristianos de las diferentes comunidades locales. También su pensamiento, en constante conexión y tensión con las vicisitudes de la vida, manifiesta la talla de teólogo del Apóstol: no es uno que piensa y escribe en abstracto, o se limita a elaborar sistemas teóricos, sino un misionero que vive situaciones y problemas concretos, a partir de



los cuales formula las respuestas adecuadas. De este modo logra alcanzar siempre su objetivo: a saber, comunicar con fuerza a Cristo y la experiencia viva del mismo. Así se explica por qué fue la figura que más contribuyó a difundir el cristianismo en el Imperio romano y por qué ejerció un influjo tan vasto en la doctrina y la vida de la Iglesia de los siglos siguientes.

GIULIANO VIGINI

© SAN PABLO



Índice

	<i>Págs.</i>
Prólogo	5
1. La comunidad de los apóstoles	13
El fundamento	13
La misión	17
La comunión	22
La Tradición	27
La sucesión apostólica	31
2. Los Doce	37
Pedro	37
Andrés	45
Santiago el Mayor	51
Santiago el Menor	54
Juan, hijo de Zebedeo	60
Mateo	64
Felipe	68
Tomás	74
Bartolomé	78
Simón el Cananeo y Judas Tadeo	83
Judas Iscariote y Matías	88



	<i>Págs.</i>
3. Los primeros discípulos	95
Pablo	95
Timoteo y Tito	100
Esteban	105
Bernabé, Silvano y Apolo	112
Aquila y Priscila	119
El papel de las mujeres	125
Elenco de las fuentes	131

© SAN PABLO

